

pronto; mas se tranquilizó y sonrió plácidamente.

—¿De quién eres hijo?—le preguntó uno.

Cárlos vaciló un instante y despues acordándose de mi consejo contestó muy serio:

—Soy hijo del regimiento.

Todos los soldados se echaron á reir.

—¿Quién te ha conducido con nosotros? ¿Dónde te han encontrado?

Despues de otra vacilacion contestó con la misma seriedad:

—Me han encontrado en la funda de la bandera.

Los soldados lanzaron una gran carcajada.

—Daca la mano, camarada,—gritó un cabo alargándole la diestra.

Carletes cogió la mano que le ofrecían y la estrechó.

—Echa esos cinco,—dijo otro.

—A mí tambien, y á mí, á mí,—y Carletes dió la mano á todos los presentes.

El último le dijo:

—Por siempre amigos, ¿no es cierto?

Y él repuso gravemente:

—Amigos por toda la vida.

En aquel punto sonó de nuevo la corneta y los soldados se alejaron riendo, y yo que aparecí de repente ante Carletes le pregunté:

—Y bien, ¿qué me dices?

Me miró sonriente y respondiíme:

—Los soldados me quieren mucho.

III.

Llegamos al campo hácia media noche; no recuerdo cuantas millas hicimos desde Pádua, ni en qué punto sobre poco más ó ménos se situaron las tiendas. Alguna aldea habia de seguro cerca del campamento; pero por mucho que se mirase no se distinguía punta alguna de campanario ni lejano ni próximo. El cielo ántes nebuloso y oscuro hasta el punto de no distinguirse una estrella, se habia serenado y hecho claro. El prado donde el regimiento plantó las tiendas hallábase iluminado por la luna y circundado por grande y espesa arboleda que le daba sombra oscurísima. Reinaba un silencio y una quietud de cementerio; era un paraje lleno de severa belleza, y mi ánimo de tal modo fué impresionado por el espectáculo, que entré en aquellos lugares como si penetrase en un jardín encantado.

En una hora quedó plantado el campo conduciendo los carros á su puesto y colocando los centinelas; las compañías se ordenaron sin armas

en medio de las respectivas tiendas; los diez y seis furrieles empezaron á pasar lista cada uno enfrente de su compañía, teniendo á un lado á los oficiales y al otro á un soldado que le alumbraba con la linterna, entre tanto Carletes que me lo trajo el vivandero, había venido á colocarse entre dos tiendas y allí seguía entre atónito y medroso contemplando el espectáculo de un campamento iluminado por la luna.

Aquella muchedumbre de tiendas que blanquea en largas filas hasta perderse en las sombras de los árboles lejanos; aquellos quinientos pabellones de brillantes bayonetas; tanta gente y sin embargo tanto silencio; aquella voz monótona de los furrieles, gradualmente ménos distinta y más débil á medida que están más léjos las compañías; las linternas cuyas lucecillas también se debilitan á lo largo de la fila apareciendo la última como un punto; y despues el callar sucesivo de estas voces y el misterioso silencio roto de pronto á un toque de corneta que rompe las filas y derrama rumorosos los grupos de soldados; y bajo las tiendas, en la oscuridad, aquel confuso gritar y aquel afanarse precipitado para arreglar las camas con los capotes, las mantas y los morrales, hasta que poco á poco en todo el vasto campamento se restablece la quietud, y la corneta de órdenes no vista, impone de léjos silencio con prolongado y casi lamentable sonido... todo esto

es un espectáculo que conmueve. Carletes no había visto jamás un campamento y permanecía profundamente admirado y casi conmovido. Y verdaderamente hay con que conmoverse á poder ver todo lo que ocurre dentro de aquellas tiendas. Cuántos cabos de vela encendidos secretamente entre dos mochilas, teniendo al lado un pliego de papel ante el cual se inclina una cara donde se revela á un tiempo el cansancio de la larga caminata y el temor de que el oficial de vigilancia advierta que hay luz; y la lucha penosa entablada entre el afecto que prorrumpe impaciente y la palabra que se obstina en no salir á la punta de la pluma...; aquella es la hora y aquel el sitio de los recuerdos melancólicos. Allí, bajo aquellas tiendas, cuando todo calla alrededor, allí se atropellan las imágenes de los padres y de los amigos, vivas y parlantes: querida sobre todas la de las madres que viene á arreglar la almohada bajo la cabeza del hijo rogando en el fondo de su corazón y pidiendo á Dios que no sea aquel el último sueño... ¿quién no ha derramado una lágrima por la noche bajo la tienda y en aquella hora?

—Ven aquí, Carletes.

Vino y le conduje bajo la tienda cónica de mi compañía, donde me habían precedido los otros dos oficiales subalternos (el capitán estaba enfermo), dos de aquellos jóvenes de gran corazón,

que bajo la apariencia de índole dulce y llena de mansedumbre encierran un alma capaz de grandes cosas; de aquellos bravos soldados que pasan ignorados y sin ser notados en la mayor parte de las coyunturas de la vida ordinaria, y que se agigantan de pronto en la vida del combate revelándose héroes y haciendo decir á la gente, ¡quién lo habria dicho!; gente, en fin, de esas que aman la vida sólo porque cuando ocurre, se la puede sacrificar á un buen fin.

La tienda estaba iluminada por una bujía clavada en el suelo, y mis dos amigos se sentaron uno enfrente de otro con las piernas cruzadas sobre un monton de broza que nuestros ordenanzas habian cogido precipitadamente en una escapada al campo. Apenas entramos nos sentamos tambien y se empezó á charlar. Carletes tenía la vista baja y apenas cuando se le interrogaba osaba levantar los ojos para volver á clavarlos en tierra. Todavía se le veían los ojos hinchados por el llanto, y le temblaban las manos y la voz, sin saber cómo mover ó tener quietas aquellas, mientras la palabra le salia ronca y flaca y hasta el punto de dar compasion el escucharlo: el pobre chico se hallaba embarazado y confuso como si fuera un culpable. A fuerza de interrogarlo y rogarle que tuviese ánimos para hablar, desatamos los nudos de aquella lengua consiguiendo arrancarle de la boca declaraciones relativas á su

familia. Despues poco á poco cobró alientos y se animó en la conversacion confortado por los actos de sentimiento y de conmiseracion con que acogíamos sus frases, llegando á encontrarnos pendientes de sus labios admirados y conmovidos.

—No es mi madre, decia, por eso no me quiere bien. La otra, que era mi madre verdadera y que murió, me queria mucho; pero ésta que tengo ahora... es lo mismo que si no estuviese yo en casa; me da de comer, eso sí, y tambien de dormir; pero no me mira casi nunca, y cuando me habla, me habla siempre como si fuese un... como si yo hubiese hecho algo malo; y yo no hago nunca nada malo, ni á ninguno hago mal, y todos pueden decirlo, y los vecinos de la casa me quieren más que ella...; los otros dos muchachos que son más pequeños que yo, ¡oh! aquellos no hay ocasion en que les haga llorar. Están siempre bien vestidos, mientras que yo parezco uno de esos que van á pedir limosna...

—Pobrecillo, le dijo uno de mis amigos, acciriándole.

—Y además, ella no me conducia nunca á paseo con los otros dos. Algunas veces me dejaba encerrado en casa solo, en las noches de los domingos, que se ve pasar tanta gente por la calle, y yo me estaba en la ventana esperando que volviesen, y ellos no volvían nunca y yo me dormia con la cabeza en el antepecho de la ventana.

Después cuando volvían, me reñía; yo me había quedado encerrado en casa y ellos habían ido al teatro ó al café, y los otros dos muchachos me lo venían á contar á mí: — hemos estado en el teatro ó en el café ¡y tú no, y tú no! — y después me hacían burla para que yo me enrabiasé, y si me echaba á llorar se burlaban más y más y la mamá no decía nada. Y á mí aquellas cosas me disgustaban, porque yo no les hacía nunca nada y siempre que uno ú otro venía á molestarme me daban ganas de darles un...; pero me contenía siempre, y tenía paciencia. Cuando la mamá, después que habíamos comido me hacía quitar los platos, mientras los quitaba, los chicos me decían: — ¡fregona, fregona! — ¡Oh, Dios mío! si me hubiesen pegado un puñetazo en la cabeza no me hubiera dolido tanto como que me dijeran esas palabras... Una vez, la noche de un día de fiesta, volvió la mamá á casa tarde, muy tarde y traía la cara muy encarnada y los ojos muy relucientes, y hablaba y reía con los otros á voces, y se pusieron los tres á cenar y la mamá se bebió toda la botella del vino. Y cuando hubieron acabado, me llamó, me dió todos los platos sucios y me dijo, toma, llévate esto á la cocina, fullero, que ese es tu oficio. Y me dió un puntapié y se echaron á reír los tres. Yo no dije nada, pero cuando me fuí á la cocina, dejé los platos, me senté en una silla y me estuve allí llorando en la oscuridad

hasta que se fueron á dormir. Si no hubiera sido por Juanilla, una jóven vecina nuestra, sastra, que me quería mucho, siempre hubiese estado derrotado y en cueros...

—Pobre chico, repitió mi amigo. Y le preguntó cómo se había decidido á huir.

—Al principio —respondió— quise escaparme con una compañía de charlatanes de esos que hacen juegos de manos y que cuando encuentran chicos de esos que nadie los quiere se los llevan consigo; pero después me dijeron que para algunos juegos y ejercicios de volatines necesitan los charlatanes dislocar los huesos de las espaldas á los chicos y que es preciso tenerlos dislocados desde pequeños, y yo ya era demasiado grande y por eso no me he escapado. La mamá entre tanto continuaba tratándome mal y dándome poco de comer. Pero un día empezaron á pasar los soldados de Italia y toda la gente festejaba á aquellos soldados y los muchachos los acompañaban fueran del pueblo y algunos iban con ellos hasta muy lejos; y yo he sabido que dos ó tres se habían escapado de su casa y habían estado con la tropa algunos días, y después han vuelto á casa y decían que habían comido el pan de munición y dormido bajo las tiendas. Entonces pensé yo en seguida escaparme con ellos. Probé dos ó tres veces, pero cuando oscurecía me daba miedo y me volvía á casa. Pero ayer por la ma-

nana mi madre me pegó con un baston y me hizo mucho daño; miren ustedes aquí las señales en las manos y tambien en la cara, y todo porque le habia contestado á uno de los chicos que se burlaba de mí diciendo que tengo los zapatos que parecen barcas, diciéndole:—¿Sí? pues revienta;—y entónces no me dieron ni un pedazo de pan en todo el dia y por la tarde me dejaron solo en la casa. Yo estaba en la ventana con las lágrimas en los ojos y desesperado, cuando de pronto he oido la música del regimiento, he salido en seguida y al ver que eran soldados del Rey que hay ahora, de ese que ha venido á libertarnos, me he metido entre ellos y no los dejaré nunca más... Despues V. me habló...—y me miraba.— Despues me han dicho que no tenga miedo y me han dado de comer... yo tenía un hambre... y me dijeron que si yo queria estaria siempre con ellos... pero yo no quiero estar aquí como un pobre, comiendo pan sin trabajar... limpiaré la ropa...—y me tocaba el uniforme—traeré de beber, iré á buscar la paja para dor...

Alzó los ojos é hizo un acto de sorpresa, quedándose atónito al mirar que lo mirábamos. Uno de mis amigos le echó los brazos al cuello y lo estrechó contra su pecho murmurando:—¡pobre muchacho!

Y estuvieron así los dos inmóviles, por un buen rato.

IV.

Al despuntar el día y ántes que sonase el toque de diana, sentimos el ruido de una lluvia espesísima y un violento trueno. Saqué la cabeza el primero fuera de la tienda y no se veía en el campo, excepcion hecha del centinela, alma viva; pero todos ó casi todos los soldados estaban ya despiertos. Con efecto, al fulgurar cada relámpago resonaba por todo el campamento un agudísimo y prolongado *rrrr* como hacen los saltimbanquis para anunciar la aparicion y desaparicion del diablo y á cada trueno otro fragoroso y prolongado grito con que imitaban los soldados el ruido de la tormenta.

De allí á poco se tocó diana y el capitan de guardia llamó á los oficiales de semana para comunicarles la órden de que á las tres horas emprenderíamos la marcha. Este anuncio me hizo pensar inmediatamente en Carlos. Yo no me habia aún dado cuenta ni preguntado á mí mismo lo que íbamos hacer con aquel muchacho. ¡El hijo